

bagages posibles, pues todo dependia de la celeridad de los movimientos.

Moteuczoma, en su real litera llevada en hombros de sus nobles y escoltado por la infantería española, fué á dejar á Cortés hasta la calzada. Allí se abrazaron de la manera mas cordial y partieron con todas las señales exteriores de mútuo miramiento. Esto pasaba á mediados de Mayo de 1520, cerca de seis meses despues de la entrada de los españoles en México. Durante todo aquel tiempo se habian enseñoreado del pais con absoluto dominio. Ahora abandonaban la capital para ir á combatir no á un enemigo indio, sino á sus mismos compatriotas. Aquel era el principio de la larga carrera de calamidades (compensadas, es cierto, por algunos triunfos) que debian pasar antes de que la conquista estuviese consumada.¹

¹ Carta de Villa de Veracruz al emperador, MS. Esta carta que no tiene fecha, probablemente fué escrita en 1520. Véase tambien para lo concerniente á las páginas anteriores, la Probanza fecha á pedimento de Juan de Ochoa, MS. Herrera, Historia General, dec. 2, lib. 9, caps. 1, 21. Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, pags. 119, 120. Bernal Diaz, Hist. de la Gonq., caps. 112, 115. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 32, cap. 47.

CAPITULO VII.

CORTES BAJA LA MESA CENTRAL.—NEGOCIACIONES
CON NARVAEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—
CUARTELES DE NARVAEZ.—ES ATACADO
DE NOCHE.—ES DERROTADO.

(1520.)

DESPUES de atravesar la calzada meridional por donde habian entrado, se encontraron aquellos pocos españoles en el hermoso Valle. Doblaron las montañas de que tan inútilmente lo ha cercado la naturaleza, pasaron por entre los enormes volcanes que, semejantes á dos infieles perros que no vigilan en su puesto, habian quedado hace mucho tiempo hundidos en el silencio, atravesaron los estrechos desfiladeros en que antes habian sufrido tan rigurosas é incómodas intemperies, y al salir de ellos bajaron safalda occidental que viene á perderse en las estensas y feraces campiñas de Cholula. Hicieron poco

caso de lo que veían en su tránsito, y ni aun se cuidaban de si hacia calor ó frio; porque sus ánimos estaban en tal ansiedad que eran indiferentes á las impresiones exteriores. Afortunadamente nada tenían que temer de parte de los indios; porque el nombre de español tenía tal prestigio, que les defendía mejor que sus yelmos y adargas.

En Cholula tuvo Cortés la inexplicable satisfacción de encontrar á Velazquez de Leon con los ciento veinte hombres que le habia confiado para que formase una colonia. Este oficial fiel, habia quedándose algun tiempo en Cholula, en espera de que se acercase el general. Si él hubiera hecho traicion, la empresa de Cortés habria terminado allí ¹. La idea de resistir con aquel puñado de hombres, era una quimera. De la otra manera su fuerza se triplicaba y adquiria cada vez mayor confianza.

Despues de abrazarse cordialmente y unidas hoy mas que nunca por el sentimiento de un grande y comun peligro, atravesaron las tropas reunidas, las calles de la ciudad santa, cuyos montones de ruinas recordaban la desastrosa visita que le habian hecho el otoño anterior. Tomaron el camino real de Tlax-

¹ Así lo dice Oviedo, y con razon: "si aquel capitan Juan Velazquez de Leon no estuviera mal con su pariente Diego Velazquez y se pasara con los 150 hombres que habia llevado á Gozacualco, á la parte de Pánfilo de Narvaez su cuñado, acabado oviera Cortés su oficio." Hist. de las Ind. MS. lib. 23, cap. 12.

cala y á pocas leguas de la capital encontraron al padre Olmedo y á sus compañeros que venian de vuelta del campo de Narvaez adonde habian sido enviados de embajadores. El eclesiástico traia una carta del comandante en que intimaba á Cortés y á sus compañeros que reconociesen su autoridad de capitán general de aquella tierra, amenazándoles con el castigo merecido en el caso de que se rehusasen ó se tardasen en hacerlo. Olmedo dió algunas noticias curiosas acerca del campo cristiano. Pintó á Narvaez henchido de orgullo y engreido con su poder, y descuidado de toda precaucion contra un enemigo á quien veia con menosprecio. Estaba rodeado de falaces y numerosos aduladores que lisonjeaban su vanidad y cuyas bravatas altaneras remedó el buen padre que tenia gran facilidad para el ridículo, con no poca diversion de Cortés y sus compañeros. Dijo que gran parte de los soldados estaban descontentos con su comandante y no muy dispuestos á un encuentro con sus compatriotas; estado de cosas que era el resultado de las noticias que habian tenido acerca de Cortés, de los argumentos y promesas que él (el padre) les habia hecho, y de la distribucion del oro que habia llevado. Además de esto dió á Cortés importantes informes sobre la posicion que guardaba el enemigo y el plan de operaciones que se proponia seguir.

En Tlaxcala fueron recibidos los españoles con

franca y cordial hospitalidad: no se dice si acompañaron á los españoles algunos aliados tlaxcaltecas de los que estaban en México; pero si acaso lo hicieron, no pasaron adelante de su ciudad natal. Cortés pidió un refuerzo de seiscientos hombres de refresco para que le acompañasen en su expedición: se le concedieron fácilmente; pero apenas habían caminado algunas leguas cuando comenzaron á desertarse uno tras otro. En el caso presente no tenía ninguna venganza que saciar como sucedía en la guerra con México, y puede ser también que aunque bastante intrépidos para pelear con las más valerosas razas indias, tuviesen tales pruebas de la bravura de los blancos, que no se arriesgaban á medir su espada con ellos. Fuera lo que fuese, Cortés despidió á los que quedaban, diciéndoles con mucho buen humor que más valía que le dejaran entonces que no á la hora del peligro.

Las tropas entraron á esa región árida que está cerca de Perote, cubierta de productos volcánicos que forman un contraste con la hermosura del paisaje. No anduvieron mucho sin encontrar á Sandoval y cosa de sesenta soldados de la guarnición de Veracruz, incluso algunos desertores de Narvaez. Era este un refuerzo importantísimo, no tanto por el número de soldados, como por el mérito del comandante que era bajo todos aspectos uno de los mejores oficiales del ejército. Habíase visto obliga-

do á dar un rodeo para evitar un encuentro con el enemigo y había forzado las marchas atrevesando espesos bosques y ásperas montañas, hasta que afortunadamente llegó sin accidente al lugar designado para la reunión y volvió á ponerse bajo la bandera de su caudillo. ¹

En aquel mismo lugar alcanzó á Cortés un Español llamado Tobillos á quien había embiado á Chianantla á traer las lanzas. Estas estaban perfectamente hechas conforme á la muestra que se había dado: eran de dos cabos, las puntas eran de cobre, y todas ellas de gran tamaño. Tobillos adiestró á los indios en el manejo de esta arma cuya utilidad, principalmente para contener á la caballería, ha sido plenamente demostrada á fines del siglo pasado por los batallones suizos, en sus encuentros con la caballería de Borgoña, la mejor de Europa. ²

Cortés pasó revista á su ejército, si tal merecía llamarse aquel puñado de soldados, y encontró que eran doscientos sesenta y seis, de los que solamente cinco estaban montados. Tenían pocos mosque-

¹ Relac. Seg. de Cortés en Lorenzana, págs. 123 y 124. Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 1.115 y 117. Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 12.

² Pero la pica larga aunque irresistible contra la caballería, se vió que no podía competir con la espada corta y la adarga de los españoles, en la gran batalla de Revenum dada algunos años antes, en 1512. Maquiavelo hace algunas reflexiones excelentes acerca del mérito comparativo de estas dos armas. Arte de la guerra, lib. 2, apend. Opera, tom. IV, pág. 67.

tes y ballestas y carecian enteramente de armas defensivas. La mayor parte de ellos estaban provistos de la cota usada en el pais, llamada *escaupil*, acolchada de algodón y excelente por su poco peso, pero que aunque bastante para resistir á las saetas de los indios, no servia contra una bala de mosquete. Muchas de estas mallas de algodón estaban enteramente inservibles, demostrando en sus grandes desgarrones su largo uso. Algunos en este lance habrian dado cualquiera cosa, las mejores cadenas de oro con que venian ridículamente ataviados sobre sus raídos vestidos, por un casco de acero ó una coraza con que suplir su aboyada y estropeada armadura. †

Bajo aquellos toscos petos latian, sin embargo, los corazones mas esforzados y animosos que jamas han latido en humano pecho: aquellos eran los héroes invictos de cien reñidos combates, en que habian pugnado con incontable número de enemigos. Tenian gran conocimiento del pais y de sus moradores: conocian tambien al caudillo bajo cuya bandera militaban, y sabian obedecer hasta el mas ligero movimiento de sus ojos. Todo el ejército equivalia á una sola persona, por lo que respectaba á la unidad de designios y de accion. Esto aumentaba

† Bernal Díaz, cap. 118. "Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por un peto, ó capacete, ó casco, ó habera de hierro, diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habiamos ganado."

creiblemente su fuerza, y lo que mas importaba, hasta el último soldado conocia que así era.

Las tropas emprendieron de nuevo su marcha por la mesa hasta que, llegando á la falda oriental de la cordillera, empezaron á sentir descanso al bajar hácia las anchas llanuras de la tierra caliente que se estendian á la vista como un campo ilimitado de verdor. A cosa de quince leguas de Zempoalla, que es donde, como hemos dicho, habia establecido Narvaez sus cuarteles, encontraron otra embajada de este oficial. Formábanla el padre Guevara, Andrés Duero y otros dos ó tres. Duero, el antiguo amigo de Cortés, era la persona que mas parte habia tenido en que Velazquez nombrase á aquel para el mando de la expedicion. Se dieron el uno y el otro un estrecho abrazo, y despues de una larga conversacion privada, espuso el secretario el objeto de su embajada.

Traia una carta de Narvaez redactada en términos algo diferentes que las anteriores. Requeria nuevamente que fuese reconocida su suprema autoridad sobre aquella tierra, pero ofrecia sus navíos para trasportar á todos los que quisiesen hacerlo, con todas sus riquezas, y sin hacer averiguacion ni inferirles molestias de ningun género. Las concesiones hechas en esta carta eran debidas indudablemente á la influencia de Duero. El secretario instaba urgentemente á Cortés para que aceptase aque-

llas condiciones como las únicas capaces de salvarle en tan desesperada condicion. "Porque por muy valientes que sean vuestros soldados," añadió, "¿qué pueden hacer contra un ejército tan fuerte por su número y pertrechos, como lo es el que van á combatir?" Pero Cortés habia resuelto jugar su fortuna y no era hombre que se arrepintiese. "Si Narvaez trae comision del rey," replicó, "me someteré á él al instante; pero no ha presentado ninguna autorizacion: es enviado por mi rival Velazquez. Yo soy el servidor del rey; para él he conquistado esta tierra, y para él la defenderemos yo y mis compañeros hasta derramar la última gota de nuestra sangre. Si perecemos, gloria nuestra será sucumbir en defensa de nuestros deberes." ¹

Su amigo no acertaba á comprender en qué consistia la diferencia de autoridad entre Cortés y Narvaez, pues que los dos eran enviados del gobernador de Cuba, quien podia á su arbitrio nombrarles

1 "Yo le respondia que no via provision de V. A. por donde le debia entregar la tierra, é que si alguna traia que la presentase ante mí y ante el cabildo de la Veracruz, segun órden y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer y cumplir; y entre tanto por ningun interés ni partido haria lo que él decia, antes yo y los que conmigo estaban, moririamos en defensa de la tierra, pues la habiamos ganado y teniamos por V. M. pacífica y segura, y por no ser traidores ni desleales á nuestro Rey..... Considerando que morir en servicio de mi Rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar, á mí y á los de mi compañía se nos seguia prez y gloria." Rel. Seg. en Lorenzana, págs. 125, 727.

y removerles. ¹ Pero Cortés apeló al arbitrio de la ficcion legal, si así se puede llamar, de decir, que su comision habia sido trasferida á la municipalidad de Veracruz, la cual ejercia su autoridad á nombre de la corona. Aquel subterfugio era de tal naturaleza, que no podia engañar mas que á los que tuviesen gana de ser engañados. La mayor parte del ejército estaba en este caso: parece que aquella respuesta le dió nueva confianza de la misma manera que un espantajo de parapeto puesto en lugar de un verdadero parapeto de piedra ha solido no solo imponer respeto al enemigo, sino inspirar cierta especie de valor artificial á los que están ocultos dentro de él. ²

Duero se habia convenido en Cuba con su amigo cuando tomó éste el mando de la espedicion, en que le tocara á aquel una gran parte de los productos: dícese que este convenio fué ratificado ahora y que

1 Tales son las reflexiones que hacia Oviedo discurriendo sobre la materia algunos años despues. "E tambien que me parece donaire é no bastante la escusa que Cortés dá para fundar y justificar su negocio, que es decir que el Narvaez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés oviera ido á aquella tierra por mandado de S. M., ó con mas ni tanta autoridad como llevaba Narvaez; pues que es claro ó notorio que el adelantado Diego Velazquez que envió á Hernando Cortés era parte, en derecho, para le enviar á remover y el Cortés obligado á le obedecer. No quiero decir mas en esto por no ser odioso á ninguna de las partes." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

2 Mariana menciona mas de una arteria de este género, en su historia de España, aunque no recuerdo los lugares precisos en que lo dice.

solo hizo aparentar que permanecía adicto á los intereses de Narvaez, porque importaba mucho que siguiesen creyéndolo así los demás. ¹ Por Duero supo Cortés muchas noticias acerca de los planes de Narvaez que el padre Olmedo no habia podido penetrar. Al irse los enviados de Narvaez le mandó con ellos una carta en contestacion de la que habia recibido. Esta apariencia de negociaciones indicaba un deseo por parte de Cortés de retardar, ya que no de evitar las hostilidades, lo cual debia inspirar á Narvaez cierta confianza imprudente. En la carta prevenia á éste y á sus compañeros que se le presentasen sin tardanza y le reconociesen como á legítimo representante de su soberano; en la inteligencia de que si procedian de otra suerte, les trataria como rebeldes á la corona. ² Con esta carta, cuyo tono arrogante tanto convenia á sus soldados como á los enemigos, despidió á los enviados. Estos regresaron á su campo ponderando la admiracion que les habian causado el general y sus compañeros,

1 Bernal Diaz, cap. 119.

2 "E así mismo mandaba y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas que con el dicho Narvaez estaban que no tovisen ni obediencia al dicho Narvaez por tal capitan, ni justicia; antes dentro de cierto término que el dicho mandamiento señala, pareciesen ante mí para que yo les dijese lo que debian hacer eo servicio de V. A., con protestacion que lo contrario hacienda procederia contra ellos como contra traidores alevos y malos vasallos que se rebelan contra su rey y quieren usurpar sus tierras y señoríos." Relac. Seg. en Lorenzana, pág. 127.

hablando de su ilimitada liberalidad de que ellos mismos habian sacado grandes frutos, y ponderando la riqueza de los soldados que sobre su despedazado vestido traian adornos, collares y cadenas de oro macizo, que les daban la vuelta varias veces al redor del cuello y del cuerpo; todo lo cual era de los despojos del tesoro de Moteuczoma.

En seguida emprendió el ejército su marcha por las llanuras de la *tierra caliente*, donde la naturaleza ha agotado todos los primores de la creacion. Estaba entonces mas cubierta que ahora de altos bosques en que el elevado árbol del algodón, obra de siglos, estaba al lado del ligero bambú ó del plátano, producto de una estacion, atestiguando el uno y el otro la maravillosa fecundidad del suelo: innumerables flores trepadoras cubrian sus ramas gigantes y ondeaban en ligeros festones sobre su copa llenando el ambiente de perfumes deliciosos. Pero los sentidos de los españoles no estaban abiertos á las deliciosas influencias de la naturaleza. Sus almas estaban ocupadas en una sola idea.

Al llegar á una llanura descubierta se encontraron detenidos por un rio, ó mejor dicho, un riachuelo llamado el *Rio de las Canoas*, que en tiempo de secas no llevaba mucha agua; pero que en la estacion de las lluvias crecia considerablemente. Aquel dia habia llovido recio, aunque en algunos ratos el

sol habia brillado con intenso calor, ofreciendo una de esas alternativas de calor y humedad que hacen tan activa la vegetacion en los trópicos, donde parece que la feracidad siempre va en aumento.

El rio distaba cosa de una legua del campo de Narvaez. Antes de buscar un vado por donde pasarlo, permitió Cortés á sus soldados que se recobrasen de su fatiga, acostándose en la tierra. Las sombras de la noche estaban próximas á envolverlos, y la luna levante que salia por entre oscuras nubes, esparcia una luz incierta é interrumpida: todavía no se desataba la tempestad;¹ la que no pesó al general que meditaba un ataque en aquella misma noche y conocia que la oscuridad y el ruido de aquella servirian de ocultar sus movimientos.

Antes de descubrir su designio á las tropas les dirigió una de esas arengas entusiastas y verdaderamente marciales, á que acudia en tales ocasiones como para sondear los corazones de sus soldados y alentar á los que estuviesen decaidos de ánimo. Recordóles brevemente los principales sucesos de la campaña; los peligros que habian arrojado; los triunfos alcanzados sobre tan espantosos enemigos; y los ricos despojos que habian ganado. Díjoles que todo aquello se les queria arrebatar, no por hom-

¹ "Y aun llovía de rato en rato y entorces salía la luna que cuando allí llegamos hacia muy oscura y llovía, y también la oscuridad ayudó." Bernal Diaz, cap. 122.

bres autorizados por su rey, sino por aventureros que no tenían otro título mas que la superioridad de la fuerza: que ellos merecian la gratitud de su patria y de su rey, y que también este timbre se les queria robar presentándoles como á infames traidores; mas que habia llegado el momento de la venganza, y que Dios no abandonaria á los soldados de la Cruz; que no permitiria que aquellos que hasta entonces habian salido victoriosos de tantos peligros secumbiesen ahora; y por último, que era preferible morir con honor en el campo de batalla, á perder fama y fortuna y perecer ignominiosamente como esclavos en una horca. Insistió fuertemente en este último argumento, conociendo que entre sus oyentes no habria ninguno tan sordo que no quisiese oirlo.

¶ Todos respondieron con vivas aclamaciones, y Velazquez de Leon y Lugo le aseguraron en nombre de los demas que si no triunfaban no seria culpa mas que del general que podia llevarles adonde le placiese. Este quedó plenamente satisfecho del entusiasmo de sus soldados, pues conoció que no estaba la dificultad en despertarlo, sino en encaminarlo rectamente. Una cosa hay notable y es, que na habló palabra de la defeccion que minaba el campamento enemigo, seguramente porque en aquel último lance quiso que sus soldados lo fiasen todo á sus propios esfuerzos.

Descubrióles su intento de dar un ataque en aquella noche misma, cuando el enemigo estuviese entregado al sueño y la propicia oscuridad de la noche encubriese los movimientos y no permitiese ver la cortedad de su número. A esto se prestaron gustosísimas las tropas aunque estenuadas por el cansancio y en parte también por el hambre. En aquella situación la tardanza era el mayor de los peligros. Se comenzó á dar órdenes á los capitanes. A Gonzalo de Sandoval le fué confiada la importante comisión de coger á Narvaez: llevaba instrucciones en clase de *alguacil mayor* de aprehenderle por rebelde á su rey, y en caso de resistencia, de matarle en el acto.¹ Dióle sesenta hombres con picas para que ayudasen y le acompañaron algunos de los mejores capitanes, como dos de los Alvarados, Avila y Ordaz. La mayor parte de la fuerza fué puesta á las órdenes de Cristóbal de Olid, ó según otros, de Pizarro, uno de la familia que tanta fama ganó después en el Perú. Tocábale apoderarse de la artillería y proteger el asalto de Sandoval, deteniendo á los

1 El procurador de Narvaez en la demanda que hizo ante la corona se queja amargamente de la barbaridad de tan diabólicas instrucciones.

"El dicho Hernando Cortés como traidor alevoso, sin apereibir é dicho mi parte con un diabólico pensamiento é infernal osadía en contemplo é menosprecio de V. M. ó de sus provisiones reales; no mirando ni acatando la lealtad que debía á V. M., el dicho Cortés dió un mandamiento al dicho Gonzalo de Sandoval, para que prendiese al dicho Pánfilo de Narvaez é si se defendiese que lo matase." Demanda de Cevallos en nombre de Narvaez, MS.

que quisiesen estorbarlo. Cortés se reservó para sí veinte hombres con los que se proponía acudir adonde fuera necesario. El santo en aquella noche era, *Espíritu Santo*, por ser víspera del día de Pentecostés. Hechos estos preparativos, comenzaron á pasar el río.¹

El tiempo que Cortés empleaba de esta suerte, Narvaez lo gastaba en Zempoalla en frívolos pasatiempos. Sacóle de su inacción el aviso del anciano cacique de la ciudad, quien le dijo: ¿por qué estais tan descuidado? ¿pensais que el Malinche está así? él sabe lo que haceis y donde estais, y cuando menos lo penseis lo tendreis sobre vosotros.²

Alarmado por estos consejos y los de sus amigos, se puso por fin Narvaez á la cabeza de sus tropas. y el mismo día que Cortés atravesó el Río de Canoas, él se puso en marcha para salirle al encuentro. Pero cuando llegó á la ribera ya no encontró ni rastro de enemigo. La lluvia que caía á torrentes empapó á los soldados que acostumbrados á la vida muelle y poltrona de Zempoalla, comenzaron á murmurar de su incómoda situación. ¿De qué sirve, decían, quedarse aquí, combatiendo con los ele-

1 Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, caps. 12, 47. Bernal Diaz, cap. 122. Herrera, Hist. General, dec. 2, lib. 10, cap. 1.

2 "¿Qué haceis que estais muy descuidado? ¿pensais que Malinche y los Teules que trae consigo que son así como vosotros? Pues yo os digo que cuidado no os cataredes, será aquí y os matará." Bernal Diaz, cap. 121.